

# Comentarios a la Regla de Vida

---

Hermano Benjamín

*Formar parte del instituto hoy  
es creer en el amor de Dios,  
vivir de él y difundirlo:  
es, en cuanto religiosos educadores,  
contribuir a la evangelización,  
principalmente por la educación  
de los niños y jóvenes.*

## Capítulo II. El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. 13. Hermanos de hoy

Estamos acostumbrados a distinguir entre profesiones y vocaciones, aunque la línea de separación tampoco es muy clara. Entendemos como profesión la actividad en la que se ha adquirido cierta destreza y que le permite a uno ganarse la vida, la suya propia y la de su familia. Ser carpintero, tornero, empleado de banca, ingeniero son profesiones que pueden colmar el deseo humano de transformar el mundo y dar sentido a la propia vida, al mismo tiempo que se ejerce una función solidaria con los contemporáneos.

Las vocaciones, en contra de lo que ocurre con las profesiones, añaden un componente de realización personal, que es tan importante como el ejercicio propio de la actividad. Lo esencial de la vocación es buscar dentro de uno mismo para sacar a la luz realidades que escapan a la trivialidad de la vida diaria. Sin vocación no somos nada, estamos condenados a llevar la piedra una y otra vez a la cima de la colina.

Podemos decir que la profesión se ejerce principalmente hacia afuera. La vocación, en cambio, nace desde dentro. Bien es verdad que hay muchas personas que ejercen su profesión con tal fuerza y constancia, con tal sentido de la solidaridad y del amor, con tal maestría, que la profesión se termina convirtiendo en una vocación que suele ser un faro para la vida de los demás.

Ser hermano del Sagrado Corazón, pertenecer al instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón, es, sin lugar a dudas, una vocación en la que el aspecto nuclear, el mundo interior nace de “creer en el amor de Dios, vivir de él y difundirlo”. Un hermano es un hombre que ha decidido dejarse amar por Dios, respirar diariamente por Él, sentir que sin su presencia la vida no tiene sentido. El Padre Andrés Coindre, siempre que habla de la vida religiosa, de la vocación de algunos hermanos y de las dudas de otros, subraya este aspecto fundamental: nos hacemos religiosos solo para buscar a Dios y la obligación principal que tiene la congregación con los hermanos es proporcionarles todos los medios para encontrarlo, es decir, para ser santos.

Después, y solo después, viene el aspecto profesional de nuestra vocación, hecho carne en el carisma de nuestro fundador: acoger, educar e instruir a los niños y jóvenes, especialmente a los que se encuentran más necesitados. Esta faceta profesional, que nace del yo más profundo, entra a formar parte de la persona, y es la manifestación práctica de una vida entregada al servicio de los demás. En los casos más significativos, el ejercicio profesional de la educación cristiana llega a un tal grado de excelencia que nadie es capaz de diferenciar a la persona de su profesión.